

Exclucentrismo

Hacia una teoría crítica de la producción de sujetos periféricos

Ian Mont

2026

Manifiesto teórico-metodológico. Versión de trabajo 1.2, en pulido final para publicación.

Índice

I. Postulado canónico

II. Nota metodológica. Constelaciones expuestas

III. Constelación de predecesores

Primer núcleo. La exterioridad constitutiva

Segundo núcleo. La colonialidad y la zona del no ser

Tercer núcleo. Biopolítica, necropolítica y vidas llorables

Cuarto núcleo. Las vidas desperdiciadas y la herida fronteriza

Quinto núcleo. La voz silenciada y el reconocimiento fallido

IV. El sueño prometido y la culpa compartida

V. Las tres operaciones vectoriales

Primera operación. Ontológica

Segunda operación. De invisibilización del marco

Tercera operación. De suspensión liminal

VI. El múltiplo de la desobediencia epistémica

VII. La herida fractal

VIII. El laboratorio mediterráneo

IX. Axiomas metodológicos del exclucentrismo

Axioma I. Principio de Inversión Focal

Axioma II. Principio de Sustracción Estética

Axioma III. Rechazo a la Catarsis Compasiva y Confrontación con la Complicidad

Axioma IV. Principio de Resignificación Espacial y Activación del Contra Archivo

Axioma V. Principio de Utilidad Social y Retribución Epistémica

Axioma VI. Principio de Operación Multi esalar

X. Bibliografía

Núcleo uno. Exterioridad constitutiva y deconstrucción

Núcleo dos. Colonialidad, zona del no ser y pensamiento desde el sur

Núcleo tres. Biopolítica, necropolítica y vidas llorables

Núcleo cuatro. Vidas desperdiciadas, reconocimiento y temporalidad

Núcleo cinco. Interlocutores contemporáneos

Núcleo seis. Documentación empírica sobre el laboratorio mediterráneo

I. Postulado canónico

El nombre exclucentrismo entra por la puerta principal de un linaje al que viene a ajustar cuentas. La serie de los centrismos diagnosticados por las ciencias sociales y la filosofía durante el siglo veinte, eurocentrismo, etnocentrismo, androcentrismo, falocentrismo, logocentrismo, comparte una operación que la propia crítica casi nunca ha querido nombrar. Cada uno señala un centro por su contenido, Europa, el etnos, lo masculino, el logos, pero ninguno interroga el dispositivo que produce centros como tales. Durante décadas la crítica se ha contentado con denunciar lo que estaba en el medio, dejando intacta la maquinaria que lo colocaba ahí. Esa omisión no es inocente. Es la condición que ha permitido que cada centrismo desmontado fuera sustituido por otro sin que el suelo se moviera.

El exclucentrismo no nombra otro contenido. Nombra esa maquinaria. Su tesis es que ningún centrismo es primero europeo o masculino y después excluyente. Es exclucéntrico antes que cualquier otra cosa. Su centralidad no se contamina con un afuera, se constituye produciéndolo, y en el mismo gesto desautoriza ese afuera como producto suyo. Fabrica el margen y simultáneamente borra las huellas de la fabricación. El margen no es lo que el centro encuentra sino lo que el centro inventa para poder serlo, y la prueba de su éxito es que el margen reaparece después como dato natural, como incapacidad propia del marginado, como accidente histórico sin autor. El eurocentrismo no produce un margen no europeo como efecto colateral. Lo produce como condición de su existencia simbólica y a la vez lo presenta como si lo hubiera hallado intacto. Lo mismo vale para los demás.

El término no se ofrece como invasión sino como quinta columna. Es enemigo íntimo, no asalto frontal. Nace dentro de la tradición crítica, habla su lengua, cita a sus padres y a sus madres, conoce sus reflejos. Por eso puede acusarla. Y por eso su acusación corta donde otras solo señalan. Opera como una cuchilla a media luz, escalpelo o navaja de barbero, instrumento que solo se hace notar cuando ya ha abierto la herida. Lo que parecía mimético, una palabra más en la serie de los centrismos, era el corte que faltaba. Lo que parecía un nombre dócil resulta el más incómodo del linaje porque no denuncia este o aquel centro, denuncia la operación por la que un centro llega a constituirse como tal. Y al hacerlo retira de la mesa la posibilidad de seguir hablando de centros legítimos. Toda centralidad, después del exclucentrismo, queda marcada por el afuera que la sostiene y que ha aprendido a desconocer. No es una exigencia de rendición de cuentas. Es la constatación de que la inocencia del centro ya no es sostenible.

II. Nota metodológica. Constelaciones expuestas

El exclucentrismo no procede por subsunción a una escuela ni reclama filiación a una sola tradición crítica. Esa renuncia no es eclecticismo ni indecisión sino exigencia interna del propio fenómeno descrito. Si la operación que el manifiesto denuncia consiste en la producción de centros mediante exclusiones, pensar el exclucentrismo desde una única escuela sería ya un gesto exclucéntrico de segundo orden, porque consagraría un centro epistemológico en el mismo movimiento que pretende criticar la producción de centros. La coherencia entre método y objeto no es una elegancia formal del manifiesto, es la única posición desde la cual el aparato conceptual puede sostenerse sin desmentirse a sí mismo. Toda fidelidad estricta a una escuela, por crítica que esa escuela sea, reproduce en miniatura la lógica que el exclucentrismo viene a desmontar.

El método que el manifiesto adopta puede nombrarse, sin pretensión inaugural pero con precisión, como constelaciones expuestas. Constelaciones, en plural, porque ninguna figura conceptual agota el fenómeno y cada problema pide su propia configuración de voces. Expuestas, porque la operación fundamental del método consiste en hacer visibles las articulaciones que el centro necesita mantener en sombra, sacar a la luz los hilos, mostrar lo que la ficción de la inocencia se encarga de borrar. La palabra carga deliberadamente sus tres resonancias, la astronómica del cielo nocturno que solo se deja leer al ojo paciente, la fotográfica del tiempo durante el cual la imagen se inscribe en su soporte, y la polémica del acto de exponer como denunciar. Las tres operan a la vez, porque el exclucentrismo requiere observación detenida, inscripción duradera y exposición pública del mecanismo que describe. Frente al centro que oculta, el método que lo piensa se construye sobre el gesto inverso, el de volver visible.

Esta constelación se levanta sobre tres apoyos formales que aportan, cada uno, una función distinta y no jerarquizable. De Walter Benjamin se recoge la intuición de que la verdad no emerge de la deducción sistemática sino de la configuración, del modo en que ciertos elementos puestos en relación se iluminan mutuamente y producen un sentido que ninguno por separado podía generar. De Silvia Rivera Cusicanqui se recoge la lógica del ch'ixi, la yuxtaposición productiva de elementos que no se sintetizan ni se reconcilian en una unidad superior, esa epistemología que mantiene la tensión sin disolverla y que rechaza expresamente el mestizaje hegeliano como falsa solución. De Édouard Glissant se recoge el pensamiento archipiélico, la forma de pensar en relación y no en sistema, donde las ideas se conectan como islas y no se subsumen como continentes, donde el todo no clausura las partes. Tres voces, tres geografías, tres siglos, ninguna escuela común entre ellas. Su convivencia en

esta nota no las funde ni las jerarquiza, las pone en constelación. Y desde esa constelación, sin reducirse a ninguna, el exclucentrismo levanta su universo conceptual propio. El manifiesto no es ni benjaminiano ni cusicanquiano ni glissantiano, es exclucéntrico. Pero sin esas tres luces, la noche desde la cual el aparato observa la maquinaria del centro sería ilegible.

III. Constelación de predecesores

Primer núcleo. La exterioridad constitutiva

Cierta tradición filosófica del siglo veinte sospechó, antes que muchas otras, que las identidades sólidas vivían de un afuera del que casi nunca hablaban. Jacques Derrida lo formuló con precisión deconstructiva al mostrar que conceptos aparentemente autosuficientes, presencia, razón, civilización, identidad, descansaban sobre oposiciones jerárquicas donde el término dominante necesitaba al subordinado para poder serlo. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe extendieron esta intuición al terreno político y la nombraron exterior constitutivo, esa frontera por la cual toda identidad colectiva se cierra contra algo que la define negativamente. Hay en estas formulaciones una lucidez que el exclucentrismo recoge agradecido, porque sin esa primera operación lógica el resto del aparato sería imposible. Pero hay también un techo que conviene nombrar. La exterioridad constitutiva, tal como esta tradición la formula, opera en el plano del discurso, del signo, del antagonismo simbólico. No tiene cuerpos. No tiene mares ni desiertos ni vallas. No tiene la temperatura afectiva del que confió en el centro y fue arrojado por él. El exclucentrismo recoge la intuición y la lleva al lugar donde la deconstrucción no quiso bajar, el de la materia, el de la geografía, el de las economías afectivas concretas que sostienen y son sostenidas por esa exterioridad. Lo que en Derrida era una huella y en Laclau era una articulación, en el exclucentrismo es una frontera mediterránea, un desierto del Darién, un centro de internamiento, una herida que sangra y un sujeto que ama y odia a quien le prometió pertenencia. La extensión no contradice a la deconstrucción, la obliga a tocar tierra.

Segundo núcleo. La colonialidad y la zona del no ser

Otra constelación, mayor en alcance y más cercana en sangre, nombró la verdad que la filosofía europea prefirió mantener en sombra. Frantz Fanon fue el primero en decir, sin atenuantes, que existe una zona del no ser, un territorio simbólico donde ciertos sujetos no son tratados como humanos plenos sino como excedentes ontológicos, y que esa zona no es residuo histórico sino producto activo de la maquinaria colonial moderna. Aníbal Quijano nombró esa maquinaria con la expresión colonialidad del poder y mostró que la modernidad y la colonialidad no son procesos paralelos sino caras de un mismo gesto, que no hay una sin la otra. Enrique Dussel insistió en la categoría de

exterioridad para nombrar a quienes la totalidad moderna deja fuera de su propio relato. Walter Mignolo desarrolló desde ahí toda una epistemología del pensamiento fronterizo. Esta tradición es probablemente la que más cerca está del exclucentrismo, y conviene decirlo con franqueza. Sin Fanon no habría operación ontológica posible, sin Quijano no habría manera de entender el centro como producto histórico y no como lugar natural. El exclucentrismo recoge esta herencia y, al mismo tiempo, marca dos extensiones que la tradición decolonial no siempre realiza. La primera, que la operación exclucéntrica no se reduce a la matriz colonial moderna, opera también en geografías que el sur global considera propias, dentro de los propios estados poscoloniales, dentro de las propias comunidades subalternas, en jerarquías de raza, género, clase y lengua que el discurso decolonial a veces pasa por alto al concentrarse en el eje colonial. La segunda, que el exclucentrismo añade a la denuncia de la colonialidad la pregunta por la economía afectiva del fenómeno, por la seducción, la oda, la culpa del que marchó y la culpa del centro, dimensiones que la tradición decolonial nombra pero pocas veces desarrolla como sistema. El exclucentrismo extiende la zona del no ser hasta hacerla coincidir con el mapa entero de la modernidad y la dota de un aparato afectivo del que Fanon abrió la puerta y que requiere todavía ser desplegado.

Tercer núcleo. Biopolítica, necropolítica y vidas llorables

Una tercera tradición se ocupó del trabajo más visible y a la vez más limitado, el de describir cómo el poder gestiona la vida y la muerte de las poblaciones que ya han sido clasificadas. Michel Foucault mostró que la modernidad inventó dispositivos cada vez más sofisticados para administrar poblaciones, normalizar conductas, regular cuerpos. Achille Mbembe llevó la intuición a su consecuencia más oscura al nombrar la necropolítica, esa administración diferencial de la muerte por la cual ciertos cuerpos son protegidos y otros son expuestos sistemáticamente a la aniquilación. Judith Butler pensó qué vidas son consideradas llorables y cuáles desaparecen sin generar duelo colectivo. Giorgio Agamben describió el estado de excepción y la figura del homo sacer, vida nuda que puede ser eliminada sin que su eliminación constituya crimen. Las cuatro contribuciones son indispensables y el exclucentrismo se apoya en ellas para describir las consecuencias materiales del fenómeno que denuncia. Pero hay un punto ciego compartido que conviene nombrar con claridad. Todas estas teorías toman como punto de partida la clasificación jerárquica de las poblaciones, el hecho de que ya existen vidas administrables, vidas matables, vidas llorables, vidas nudas. Ninguna interroga sistemáticamente el momento previo en que esa clasificación se produce, el gesto fundacional por el cual unas vidas son colocadas en cada categoría. La biopolítica administra lo que ya está jerarquizado, la necropolítica decide quién muere de entre los ya devaluados, el duelo distribuido reconoce a quienes ya fueron reconocibles. El exclucentrismo se sitúa lógicamente antes de todo esto, en el momento en que la jerarquización se ejecuta, en la operación primera por la cual ciertos cuerpos son

producidos como administrables y otros como prescindibles. No es una corrección a Foucault, Mbembe, Butler y Agamben. Es una pregunta que ellos no formularon porque la dieron por respondida, y que el exclucentrismo recoge para mostrar que sin esa pregunta el resto del edificio queda flotando sobre un suelo no examinado.

Cuarto núcleo. Las vidas desperdiciadas y la herida fronteriza

Hay nombres que la academia tarda en aceptar y que dijeron antes que nadie lo que las grandes tradiciones tardaron décadas en articular. Zygmunt Bauman, sociólogo polaco con un oído fino para lo que el progreso no nombraba, sostuvo en sus últimas obras que la modernidad líquida no genera residuos humanos por accidente sino por necesidad funcional, que las vidas desperdiciadas son producto sistémico de un orden global que necesita constantemente desechar para poder reproducirse. La formulación es próxima al exclucentrismo y conviene reconocerla con la generosidad que merece. Pero Bauman piensa desde una sociología que mantiene cierta frialdad descriptiva y rara vez baja al cuerpo afectivo del desperdiciado, al sueño que llevó al periférico hasta el lugar de su descarte, a la oda silenciosa que precede a la herida. Gloria Anzaldúa hizo lo que Bauman no hizo, y lo hizo antes. En las primeras páginas de *Borderlands* escribió que la frontera es una herida abierta donde el tercer mundo roza al primero y sangra, y desde esa imagen levantó toda una poética y una política de la frontera como territorio existencial, no solo geopolítico. El exclucentrismo recoge esta imagen y debe reconocerla con honestidad, la frontera como herida abierta es formulación suya antes que de nadie, y este manifiesto la hereda sin disimular el préstamo. Pero también la extiende. Anzaldúa habla desde la frontera Tijuana Matamoros, desde la chicana, desde una experiencia situada que el exclucentrismo respeta y no pretende reemplazar. Lo que el manifiesto hace es preguntar si esa imagen, nacida en un punto preciso del mapa, puede sostener un diagnóstico más amplio sobre la operación que todo centro ejecuta contra todo borde, en el Mediterráneo, en el Darién, en el Mar de Andamán, en el desierto de Sonora. La respuesta del exclucentrismo es que sí, que la herida fronteriza no es metáfora exclusiva de un territorio sino estructura general del fenómeno, y que generalizarla no es traicionar a Anzaldúa sino llevarla a su consecuencia más amplia. Bauman aporta el diagnóstico estructural sin afecto. Anzaldúa aporta la imagen afectiva sin generalización sistemática. El exclucentrismo articula ambas, suma la temperatura a la estructura y la generalización a la imagen.

Quinto núcleo. La voz silenciada y el reconocimiento fallido

Una última constelación se ocupó de algo que ninguna de las anteriores nombró del todo, la dimensión que va del silencio del subalterno hasta la furia del desposeído y la promesa rota del reconocimiento. Gayatri Spivak preguntó si el subalterno puede hablar y mostró que la operación crítica más sofisticada no consiste en darle voz, gesto siempre paternalista, sino en reconocer las

estructuras epistémicas que producen su silencio. Peter Sloterdijk, desde una orilla muy distinta y con todas las reservas políticas que conviene tener con él, analizó cómo la ira de los desposeídos se acumula históricamente como un capital afectivo que ningún sistema puede ignorar indefinidamente. Axel Honneth pensó el reconocimiento fallido como motor estructural de los conflictos sociales, esa frustración del que esperaba ser reconocido como sujeto pleno y fue tratado como objeto. Y como interlocutor contemporáneo, no como predecesor estructural, conviene nombrar también a Slavoj Žižek, que sobre el fenómeno migratorio europeo y sobre la economía moral de la piedad liberal ha dicho cosas que ninguna otra voz contemporánea ha dicho con la misma agudeza. Estas cuatro voces iluminan zonas que el exclucentrismo necesita y conviene reconocer lo que cada una aporta. Pero también es necesario decir lo que ninguna articula, y es precisamente el corazón afectivo del manifiesto, la doble culpa. Spivak nombra el silencio epistémico pero no la culpa del que confió y marchó. Sloterdijk nombra la ira acumulada pero no la vergüenza secreta que esa ira esconde. Honneth nombra el reconocimiento fallido pero no la liturgia colectiva de la inocencia mediante la cual el centro tramita su propia culpa por haber fallado al reconocimiento prometido. Žižek se acerca más que ninguno a la ficción sentimental del centro, pero no la articula como sistema, la denuncia en fragmentos polémicos sin desplegarla como economía afectiva completa. El exclucentrismo recoge estas cuatro luces y las pone en constelación para nombrar lo que ninguna por separado podía nombrar, la articulación simultánea de seducción, oda, herida, culpa del que marchó y catarsis sentimental del centro. Esa articulación es el aporte propio del manifiesto, y solo es legible sobre el fondo de quienes vinieron antes.

IV. El sueño prometido y la culpa compartida

El exclucentrismo no opera en frío. Antes del corte hay una seducción, y antes de la seducción hay un horizonte. El centro no se limita a producir márgenes, también ofrece un brillo, una promesa, una invitación. Llámese contrato social, ciudadanía, modernidad, progreso, integración europea, sueño americano, república democrática, mercado libre, vida digna, futuro. Cada centro construye su propio horizonte simbólico y lo proyecta hacia los confines como si fuera un don. El periférico no es interpelado primero como excluido sino como invitado posible. Esa seducción es la primera operación afectiva del sistema, y sin entenderla no se entiende nada de lo que vendrá después. Porque el corte que el exclucentrismo describe no se hace sobre cuerpos extraños sino sobre cuerpos previamente convocados. La crueldad del fenómeno no está en que el centro ignore al periférico. Está en que primero lo llama, lo nombra, le ofrece un lugar en una mesa cuyo plato siempre estará vacío para él.

A la seducción del centro responde, en el periférico, lo que conviene nombrar como oda prometeica. No es solo aceptación pasiva de la promesa. Es canto activo, deseo, marcha, proyecto. El que parte hacia el sueño ofrecido no es arrastrado en contra de su voluntad, camina. Cruza desiertos, mares, fronteras, idiomas, lutos. Vende lo que tiene, hipoteca a los suyos, deja atrás todo lo que era para apostar por lo que será. La oda es el himno silencioso de esa apuesta, la convicción de que el horizonte ofrecido vale el precio del camino. Y esa convicción es la que vuelve al periférico copartícipe de su propio engaño. No víctima en sentido pleno, porque la víctima absoluta es figura cómoda para el centro, fácil de socorrer, fácil de fotografiar, fácil de incluir en campañas que después no cambian nada. El sujeto exclucéntrico es más incómodo que la víctima absoluta precisamente porque tuvo agencia, eligió, cantó. Esa elección no atenúa la crueldad del sistema, la complica. Porque obliga a pensar al excluido como sujeto pleno antes y durante y después del corte, no como cuerpo doliente que existe únicamente cuando el centro decide mirarlo. Esta es la asimetría afectiva que el exclucentrismo describe y que ninguna teoría previa de la exclusión había puesto en su justo lugar. El excluido no es solo el que está fuera. Es el que quiso entrar, el que creyó merecer entrar, el que aprendió la lengua del centro para poder entrar, y al que se le cerró la puerta en la cara después de haberle dejado verla abierta.

Por eso la herida que se abre cuando la promesa se rompe no es una herida cualquiera. Es íntima. El centro no es para el periférico un extraño remoto sino un seductor cercano, un padre simbólico, un amante, un anfitrión que ofreció vino y casa y al final pasó la cuchilla por la garganta confiada. Y de ahí nace la dualidad irreconciliable que atraviesa toda la subjetividad del excluido. Odio, porque la traición es real y sus efectos son materiales, hambre, frontera, cárcel, deportación, muerte. Amor, porque el horizonte prometido sigue brillando aunque ya se sepa falso, porque el sueño no se desactiva por haber sido roto, porque el centro continúa siendo el lugar donde el periférico aprendió a desear. Esta dualidad no se resuelve. No es una contradicción que el sujeto pueda elaborar y superar. Es la cicatriz constitutiva del exclucentrismo en el cuerpo del que confió. Se ama y se odia al mismo centro, se huye de él y se vuelve hacia él, se le maldice y se le imita, se le denuncia y se le canta a los hijos como horizonte todavía deseable. Y esa oscilación tiene un precio físico que la teoría afectiva pura tiende a olvidar. Cansa. Erosiona. Envejece. Produce cuerpos hipertensos, insomnios crónicos, depresiones sin nombre. La herida íntima del excluido no es solo psíquica, es somática, se inscribe en la carne con la misma lentitud con que el sistema niega que la haya producido. Slavoj Žižek ha insistido en que las dos posiciones públicas dominantes ante el fenómeno migratorio, la xenófoba y la humanitarista, comparten un mismo error de fondo, el de tratar al refugiado como problema externo en lugar de como síntoma estructural de Occidente. Conviene extender esa intuición. Ambas posiciones comparten también otro error, el de no mirar la herida íntima del que confió, porque

hacerlo obligaría a admitir que el centro fue alguna vez deseable y que sigue siéndolo incluso para quienes lo denuncian.

A esta herida íntima la acompaña una culpa secreta que pocas veces se nombra y que conviene sacar a la luz. El que marchó hacia el sueño prometido carga una vergüenza silenciosa por haber creído. Vergüenza de haber sido seducido. Vergüenza de haber abandonado a los que se quedaron en el origen, a los padres, a los hermanos, al pueblo, al paisaje, a la lengua materna. Vergüenza de haber deseado lo que el centro ofrecía sabiendo, en algún rincón, que el ofrecimiento era sospechoso. Vergüenza, en fin, de haber elegido caminar hacia el engaño y no haberlo visto a tiempo. Esta culpa del que marchó es uno de los afectos más silenciados de la condición exclucéntrica, y rara vez aparece en los discursos sobre migración o exclusión porque su reconocimiento incomoda tanto al excluido, que prefiere narrarse como víctima pura, como al centro, que prefiere narrar al excluido como ajeno desde el principio. Pero la culpa está, y trabaja por dentro, y produce efectos. Silencio, vergüenza ante los hijos nacidos en el nuevo territorio, melancolía sin objeto, lealtades imposibles, la sensación permanente de no estar entero en ningún lugar. El exclucentrismo, si se toma en serio, debe poder nombrar esto sin convertirlo en patología individual ni en folclore migrante. Es la huella afectiva de una operación estructural, y como tal forma parte del fenómeno descrito.

Pero el sistema no produce culpa solo en el periférico. La produce también, y con la misma intensidad aunque por otras vías, en el propio centro. Y aquí está uno de los puntos ciegos de la tradición crítica que conviene iluminar. El centro no excluye con la conciencia tranquila. Sabe, en algún nivel, lo que hace. Sabe que la promesa que ofrece no se cumple, que la frontera mata, que el contrato social tiene siempre un afuera, que la civilización descansa sobre el desecho. Y precisamente porque lo sabe, necesita producir un repertorio sofisticado de dispositivos para tramitar esa culpa sin alterar la estructura que la genera. A este repertorio conviene llamarlo, sin eufemismos, ficción sentimental de la inocencia. Es la maquinaria por la cual el centro convierte su culpa estructural en piedad administrada, en ayuda humanitaria, en filantropía corporativa, en cooperación al desarrollo, en ONG, en donaciones, en campañas de concienciación, en reportajes conmovedores, en relatos de tolerancia, en declaraciones de derechos que se firman para no aplicarse. Toda esta arquitectura compasiva no se construye contra la exclusión. Se construye para hacerla habitable a quien la produce. Es catarsis del centro, no reparación del periférico. Aquí Žižek ha sido especialmente lúcido al insistir en que la caridad no contradice la explotación sino que la perfecciona, porque permite mantener intacto el mecanismo extractivo mientras se construye una imagen reparadora. El sujeto liberal occidental necesita la figura del refugiado para confirmar su propia bondad, y por eso prefiere socorrerlo a abolir las condiciones que lo producen. Pero conviene ir más lejos que Žižek en este punto. La ficción sentimental no opera solo como hipocresía del privilegiado. Opera como economía

afectiva del centro entero, como liturgia colectiva de la inocencia. Permite al privilegiado mirarse al espejo y verse compasivo en lugar de cómplice, generoso en lugar de extractor, abierto en lugar de excluyente. Y lo más perverso de esta operación es que la propia piedad se convierte en mecanismo adicional de exclusión, porque construye al periférico como objeto eterno de ayuda y nunca como sujeto pleno, lo necesita necesitado, lo quiere agradecido, lo prefiere doliente antes que igual.

Y como toda ficción sostenida sobre una contradicción real termina rompiéndose, los efectos de esta tramitación de la culpa son acumulativos y previsibles. La tolerancia proclamada choca tarde o temprano con el sustrato cultural, ético y legislativo del propio grupo que excluye, porque ese sustrato fue construido históricamente sobre la presunción de un afuera que ahora la tolerancia obliga a integrar. La contradicción no se resuelve, estalla. Y al estallar libera afectos que el centro había mantenido encapsulados bajo el lenguaje de la piedad. Desprecio que se vuelve xenofobia. Sospecha que se vuelve persecución legal. Negación de la diferencia que se vuelve racismo biologicista, esa vieja maquinaria que jerarquiza ontológicamente las poblaciones y que el centro creía haber dejado atrás. Y en el mejor de los casos, cuando ninguno de estos afectos brutos se desencadena, queda la lástima, ese sentimiento que el centro confunde con virtud y que es solo la forma blanda de la jerarquía, la confirmación cotidiana de que el otro es menos, de que su existencia depende de la generosidad de quien lo mira desde arriba. El exclucentrismo describe entonces no solo cómo se produce la exclusión sino cómo el propio centro gestiona su culpa por producirla, y cómo esa gestión termina convirtiéndose en otro nivel del fenómeno, más sofisticado y a menudo más cruel, porque opera bajo el ropaje de la bondad.

Toda la operación se sostiene sobre afectos, no solo sobre estructuras. Hay una seducción que llama, una oda que marcha, una herida que descubre la traición, una culpa del que confió que se hunde en silencio, una culpa del centro que se recicla como piedad y termina alimentando la maquinaria. Y si la teoría crítica ha tardado tanto en nombrarla es porque mirarla de frente obliga a admitir lo que ningún sujeto ilustrado quiere admitir, que el centro no solo explota al periférico sino que necesita amarlo a su manera, necesita compadecerlo, necesita seguir prometiéndole, necesita producir constantemente la ficción de que algún día la promesa se cumplirá, para poder seguir siendo centro sin enfrentar la culpa de no haberla cumplido nunca. La inocencia del centro no es solo una imagen pública, es una necesidad psíquica colectiva. Por eso es tan difícil de desmontar. Y por eso el exclucentrismo, cuando la nombra, no produce indignación sino incomodidad, que es siempre la primera señal de que se ha tocado algo real.

V. Las tres operaciones vectoriales

Hasta aquí el manifiesto ha descrito el postulado, ha declarado su método y ha trazado su constelación de predecesores, ha desplegado la dimensión afectiva del fenómeno y queda por nombrar la mecánica concreta del exclucentrismo, las operaciones específicas mediante las cuales el centro fabrica sus periferias y, en el mismo gesto, borra las huellas de la fabricación. Estas operaciones son tres y conviene llamarlas vectoriales porque no son meras descripciones estáticas sino direcciones de fuerza aplicada sobre cuerpos, espacios y tiempos. La primera opera en el plano ontológico y precede a las otras dos lógicamente, no cronológicamente. La segunda opera sobre el régimen de visibilidad y de saber, asegurando que el mecanismo permanezca opaco para quien lo padece y para quien lo ejecuta. La tercera opera sobre la geografía y el tiempo, produciendo zonas de suspensión donde el cuerpo periférico queda atrapado en un umbral que no conduce a ningún paso. Las tres se sostienen mutuamente y ninguna funciona del todo sin las otras. Pero la primera tiene prioridad lógica y conviene plantarla con claridad porque ahí está la distinción que separa al exclucentrismo de cualquier teoría previa de la administración de poblaciones.

Primera operación. Ontológica

La primera operación es ontológica y consiste en la asignación previa de grados de humanidad a los cuerpos antes de que el sistema decida qué hacer con ellos. Es importante decirlo sin atenuantes para que la distinción quede plantada de una vez. La biopolítica describe cómo el poder administra la vida de las poblaciones, la necropolítica describe cómo el poder distribuye diferencialmente la muerte, la teoría del duelo distribuido describe qué vidas son reconocidas como llorables y cuáles desaparecen sin generar conmoción. Todas estas teorías toman como punto de partida un dato que dejan inexamined, el hecho de que ya existen vidas administrables, vidas matables, vidas llorables y vidas que no lo son. La operación ontológica del exclucentrismo se sitúa precisamente en ese momento previo. Antes de que el cuerpo entre en cualquier dispositivo biopolítico o necropolítico, ya ha sido clasificado en una jerarquía ontológica que decide cuánto cuenta como sujeto, cuánto puede esperar ser reconocido, cuánto pesa su muerte en la conciencia colectiva. Esa clasificación no es prejuicio cultural ni residuo histórico, es operación activa, sostenida y constantemente actualizada del centro sobre sus periferias. Se ejecuta antes de la frontera, antes de la ley, antes del campo. Se ejecuta cada vez que un discurso público, un titular de prensa, una decisión administrativa, una imagen, un silencio, asigna a un cuerpo su grado de humanidad presunta. Y precisamente porque opera tan temprano y tan invisiblemente, todo lo que después se haga con ese cuerpo va a parecer consecuencia natural de lo que ese cuerpo es, cuando en realidad es consecuencia activa de la jerarquización que el sistema

ejecutó sobre él antes de que entrara en el campo de visión. Sin la operación ontológica, ni Foucault, ni Mbembe, ni Butler, ni Agamben, ni Bauman tienen objeto sobre el que operar. Pero ninguno la nombra como operación primera, y por eso el exclucentrismo necesita plantar aquí su bandera con la mayor nitidez posible. La jerarquización ontológica de las vidas no es presupuesto del sistema, es su primer trabajo activo, y de su éxito depende todo lo demás.

Segunda operación. De invisibilización del marco

La segunda operación es de invisibilización del marco y consiste en borrar las huellas de la fabricación del margen. Una vez producida la jerarquización ontológica, el sistema necesita que esa producción aparezca como descubrimiento y no como acto. El margen no debe presentarse como resultado de una operación sostenida sino como dato preexistente que el centro simplemente encuentra, registra, gestiona. Por eso la operación de invisibilización del marco no opera solo sobre el contenido del relato sino sobre el marco mismo del relato, sobre las condiciones que hacen posible que ciertas cosas sean dichas y otras permanezcan impensables. Lo que el sistema produce, lo presenta como hallazgo. Lo que es consecuencia de relaciones específicas de poder, lo presenta como naturaleza, como cultura, como incapacidad propia del marginado, como accidente histórico sin autor. La operación funciona en múltiples planos simultáneos. En el plano discursivo, produce relatos donde los excluidos aparecen sin la historia que los produjo, como si su condición actual fuera punto de partida y no resultado. En el plano visual, produce imágenes que muestran al excluido como dato y no como producto, fotografía que estetiza el sufrimiento sin nombrar al sujeto que lo causó, documental que recoge testimonios sin reconstruir las cadenas de responsabilidad que llevaron al testimonio. En el plano epistémico, produce categorías que clasifican a las periferias sin interrogar quién las clasifica y bajo qué intereses, estadísticas que cuentan a los muertos sin contar a los que decidieron que esos muertos eran posibles. En el plano legal, produce normativas que regulan la exclusión como si esta fuera un problema de gestión y no una consecuencia diseñada. Y en todos los planos, lo que se invisibiliza es lo mismo, el marco productivo, es decir, la maquinaria que decide qué entra en el campo de lo visible, lo nombrable, lo administrable, y qué queda fuera de ese campo. Aquí conviene marcar que la operación de invisibilización del marco no es exterior al sujeto que la padece. El cuerpo que ha sido jerarquizado ontológicamente y que vive bajo la invisibilización del marco termina internalizando la operación, llega a verse a sí mismo como dato y no como producto, como problema y no como síntoma, como excepción anómala y no como resultado obligado de la maquinaria que lo fabricó. Esa internalización es uno de los efectos más duraderos del exclucentrismo y uno de los más difíciles de revertir, porque requiere no solo cambiar discursos sino restituir al sujeto la conciencia de su propia producción histórica.

Tercera operación. De suspensión liminal

La tercera operación es de suspensión liminal y consiste en la fabricación de zonas espaciales y temporales donde el cuerpo periférico queda atrapado en un umbral que no conduce a ningún paso. Esta operación recoge la dimensión territorial que en los borradores anteriores se llamaba espacial y la amplía decisivamente al incorporar el tiempo. El centro no solo produce fronteras como dispositivos de contención geográfica, también produce esperas como dispositivos de contención temporal, y ambas dimensiones se sostienen mutuamente en una operación que conviene nombrar con precisión. La suspensión liminal es el umbral del desamparo, lugar y tiempo donde el cuerpo queda pendiente, sin tocar suelo y sin alcanzar destino. La antropología clásica describió la liminalidad como momento transitorio del ritual de paso, fase en que el sujeto deja de ser lo que era para convertirse en lo que será. La suspensión liminal del exclucentrismo es liminalidad sin reincorporación, ritual cumplido sin transformación reconocida, paso que no llega. Y para mantenerla, el sistema despliega tres mecanismos que operan simultáneamente. El primero es burocrático, papeles que se pierden, ventanillas que no responden, sellos que faltan, citas que se aplazan, expedientes que duermen en archivos hasta volverse incomprensibles incluso para quien debía resolverlos. El segundo es tecnológico, bases de datos opacas que registran al cuerpo sin que el cuerpo pueda acceder a su propio registro, sistemas biométricos que convierten la identidad en código y al mismo tiempo desaparecen al sujeto en el archivo, algoritmos que clasifican sin explicar y deciden sin interlocutor humano al que apelar. El tercero es la ambigüedad jurídica, condición legal del cuerpo en suspensión, ni admitido ni rechazado, ni titular pleno de derechos ni completamente fuera de la ley, indeterminación que el centro no necesita resolver porque la propia indeterminación es ya la forma específica del control. Estos tres mecanismos producen un no lugar, en el sentido más exacto del término, espacios y tiempos que no figuran del todo en ninguna cartografía y en ninguna agenda, zonas grises del orden global donde el cuerpo periférico vive sin existir oficialmente. Y aquí está la observación que conviene plantar con toda su fuerza. Estos no lugares son a veces inaccesibles incluso para el propio centro. El sistema no sabe del todo cuántos hay en ellos, dónde están, en qué condiciones se encuentran. Esta ignorancia productiva no es fallo del sistema, es función específica del exclucentrismo. El centro necesita que estas zonas sean ilegibles para poder negarlas. Si fueran legibles tendría que responder por ellas. Su ilegibilidad para el centro mismo es la condición de posibilidad de que el centro pueda seguir presentándose como inocente. Lo que el centro no sabe del cuerpo que ha producido es exactamente lo que le permite no responder por ese cuerpo. Esa ignorancia no exonera, al contrario, es trabajo activo del sistema sobre sí mismo para no saber. Y en esa zona donde nadie sabe del todo, ni el sujeto que padece ni el sistema que produce, la suspensión liminal se prolonga indefinidamente, consume vida sin matar, envejece sin reconocer, y prepara el terreno para que la herida final, cuando llegue, se

experimente como amargo misterio, como corte que sorprende a un cuerpo que había confiado en la liturgia de la espera.

Las tres operaciones se sostienen mutuamente. La ontológica decide qué cuerpos cuentan menos antes de que entren al campo de visión. La de invisibilización del marco asegura que esa decisión aparezca como hallazgo y no como acto. La de suspensión liminal materializa el resultado en zonas espaciales y temporales donde el cuerpo periférico vive sin existir, hasta que el corte final inscribe sobre él la herida que el manifiesto va a nombrar en la sección siguiente. Sin las tres juntas, el exclucentrismo no funcionaría. Y juntas explican por qué el fenómeno es tan resistente a la crítica, porque cualquier intervención sobre solo una de las operaciones, sin tocar las otras dos, deja intacta la maquinaria que las sostiene a todas.

VI. El múltiplo de la desobediencia epistémica

El cientifismo moderno organiza la producción de conocimiento mediante una operación que rara vez nombra como tal, la división del trabajo intelectual. Cada disciplina su objeto, cada método su campo, cada producto su circuito de validación, cada autor su casilla. Esa división no es neutra. Es la forma específica en que el centro epistemológico protege su monopolio sobre lo que merece llamarse conocimiento legítimo y sobre lo que queda relegado a expresión, opinión, intuición o arte. La fragmentación disciplinar no es accidente de la complejidad creciente del saber sino dispositivo activo de exclusión, otra de las maquinarias del exclucentrismo operando en el corazón mismo de la institución que pretende criticarlo. Por eso pensar el exclucentrismo desde una sola disciplina sería, una vez más, gesto exclucéntrico de segundo orden, consagración de un centro epistemológico en el mismo movimiento que pretende desmontar la producción de centros. El fenómeno que el manifiesto describe es múltiple por necesidad, opera a la vez en lo ontológico, lo afectivo, lo territorial, lo memorial, lo estético, lo legal, y ninguna disciplina por separado puede alcanzarlo sin amputarlo. Pensar el exclucentrismo exige una figura que sea estructuralmente sospechosa para la división disciplinar moderna, una figura que el sistema no sepa dónde colocar, que no se deje repartir.

Esa figura existe y conviene distinguirla con cuidado de otra a la que suele confundirse. La tradición del arte moderno produjo lo que podría llamarse el artista pensador, figura clásica del siglo veinte, presente en linajes muy distintos y en geografías muy diversas, artistas que reflexionaron sobre su práctica o sobre el mundo y produjeron obra cargada de pensamiento. Pero el pensamiento del artista pensador operaba dentro del lenguaje del arte y para el campo del arte, dialogando con la filosofía y con la teoría desde una posición de receptor inteligente, no de productor de conocimiento legítimo en

otros campos. El artista investigador es figura más reciente y más rara. No solo piensa, investiga sistemáticamente sobre un objeto que excede al campo artístico, despliega metodologías propias que dialogan en pie de igualdad con la antropología, la historia, la filosofía, la geografía forense, la teoría política, y devuelve sus hallazgos en formato que sigue siendo artístico pero que opera como producción de conocimiento legítimo más allá del museo. La diferencia no es de grado sino de naturaleza. El artista pensador piensa el mundo desde el arte. El artista investigador produce conocimiento sobre el mundo usando los medios del arte como herramientas epistémicas, no como destino final. Y en ese paso, lo que parecía oficio artístico se revela como método de investigación irreducible a la prosa académica, porque hay zonas del fenómeno excludéncico que solo pueden ser inscritas mediante operaciones visuales, espaciales, archivísticas y corporales que ningún paper alcanza.

La figura que de aquí emerge puede nombrarse como múltiplo de la desobediencia epistémica. Múltiplo, porque su unidad subjetiva es ya producto de la multiplicación de saberes y prácticas que el sistema mantiene separados, no identidad originaria sino operación sostenida. Es artista que es investigador que es curador que es escritor que es ensayista que es archivero que es testigo que es agente de articulación entre comunidades. No por dispersión sino por necesidad del objeto, porque el excludéncico así pensado no se deja tocar de otra manera. Y desobediencia epistémica porque la figura no pide permiso al cientifismo para producir verdad sobre el fenómeno, no se somete a la jerarquía de evidencias que el centro académico privilegia, no acepta que solo el paper revisado por pares pueda llamarse conocimiento. La desobediencia no es ruido afectivo ni postura adolescente, es operación metodológica consciente que recoge el término donde la tradición decolonial lo dejó y lo extiende al terreno del hacer, del producir objetos y espacios que el sistema no reconoce como conocimiento y que sin embargo inscriben sobre el fenómeno una verdad que ninguna disciplina podía alcanzar por sí sola. El múltiplo de la desobediencia epistémica es figura insurgente sin necesidad de proclamarse tal, y su mera existencia produce ya un desplazamiento en el campo de quien decide qué cuenta como saber y qué no. Esta figura es coherente, además, con el método de constelaciones expuestas declarado anteriormente. Las constelaciones son figuras múltiples, varios puntos de luz que solo significan algo cuando se leen en relación. El múltiplo es, en clave subjetiva, lo que la constelación es en clave metodológica. Quien piensa el excludéncico y cómo lo piensa se reflejan en la misma operación.

A esta figura corresponde una segunda función crítica que conviene nombrar sin atenuantes, el hackeo al extractivismo académico. Hay una operación silenciosa por la cual la universidad y la crítica cultural recogen experiencias subalternas, dolores fronterizos, testimonios de comunidades vulneradas, los procesan en el lenguaje propio de la academia, los publican en revistas inaccesibles para

el sujeto experiencial, acumulan capital simbólico con ese material y nunca devuelven nada al territorio del cual extrajeron. Esa operación es extractivismo, palabra que conviene usar con toda su carga, porque la lógica que describe es estructuralmente la misma que la del extractivismo minero o agroindustrial, vaciar un territorio de su valor y dejar atrás el residuo. El extractivismo académico es la forma intelectual del exclucentrismo, su modo de procesar a las periferias humanas convirtiéndolas en literatura citable. El múltiplo de la desobediencia epistémica opera contra esta lógica por estructura, no por declaración. No produce solo paper ni solo objeto vendible sino dispositivos de encuentro, espacios de retorno material y simbólico hacia las comunidades implicadas, articulaciones reales entre agentes que el sistema mantiene separados. Su producto no se completa en el circuito de validación académica ni en el mercado del arte sino en la posibilidad de que algo regrese al territorio extraído. Eso no significa que la figura esté libre de toda contradicción extractiva, ningún trabajo sobre el sufrimiento ajeno está completamente limpio, pero sí significa que opera con conciencia activa de esa contradicción y construye su práctica para minimizarla, no para esconderla.

Y a la denuncia del extractivismo académico se suma otra que la acompaña necesariamente, el combate contra el esteticismo del dolor y su comercialización. El campo del arte contemporáneo ha desarrollado en las últimas décadas un mercado sofisticado del sufrimiento ajeno. Fotografía humanitaria que gana premios internacionales, instalaciones que monetizan cuerpos de refugiados convertidos en imagen consumible, documentales que transforman desplazamientos forzados en producto cultural cotizado, bienales que coleccionan tragedias del sur global para sostener su prestigio. Todo ese aparato opera bajo el lenguaje del compromiso y la denuncia, pero ejecuta exactamente la operación que dice combatir, convierte el dolor en mercancía estetizada y el cuerpo del excluido en materia prima de un circuito que lo necesita doliente para poder valorizarlo. El múltiplo de la desobediencia epistémica trabaja contra esto por método, no por consigna. Su práctica visual y curatorial elige la sustracción antes que la hipervisibilidad, el vacío antes que la pornografía del cadáver, el archivo antes que la espectacularización. Hace visible la desaparición negándose a simular la presencia del desaparecido. Inscribe la violencia del sistema mediante operaciones de ausencia, no de explotación del cuerpo herido. Y en ese gesto, que es a la vez estético y ético, encuentra una de las pocas formas posibles de hablar del dolor ajeno sin venderlo. Esta es la coherencia entre figura y axioma. El múltiplo de la desobediencia epistémica no necesita justificar después su Axioma de sustracción estética porque ese axioma es ya constitutivo de su modo de operar.

De esta figura, y solo de ella, pueden seguirse con legitimidad los axiomas operativos que el manifiesto desplegará a continuación. Sin esta declaración previa, los axiomas serían programa filosófico abstracto. Con ella, son código de praxis para una figura situada que existe ya en el campo expandido del arte contemporáneo y que reclama su lugar no como excepción decorativa sino como insurrección

metodológica contra las formas dominantes de producir conocimiento sobre el exclucentrismo y sobre todo lo que el exclucentrismo describe.

VII. La herida fractal

El apartado anterior cerró anunciando que el corte final, cuando llega tras la liturgia de la espera, se inscribe sobre el cuerpo como un amargo misterio, sorpresa que sobreviene a quien había confiado en la mecánica del umbral. Esa imagen señala el momento exacto en que las tres operaciones vectoriales se condensan sobre una superficie concreta, el lugar y el cuerpo donde el exclucentrismo deja de ser mecanismo abstracto y se vuelve carne, geografía, biografía. Ese lugar tiene un nombre clásico que conviene recuperar con la generosidad debida a quien lo nombró primero. La frontera. Gloria Anzaldúa escribió que la frontera es una herida abierta donde el tercer mundo roza al primero y sangra, y desde esa imagen levantó toda una poética y una política del borde como territorio existencial. El exclucentrismo hereda esa imagen sin disimular el préstamo, pero la lleva a su consecuencia más amplia, porque lo que Anzaldúa formuló en una geografía precisa, el manifiesto necesita pensarlo como estructura general del fenómeno en todas las geografías donde el centro produce sus periferias materiales. La frontera del Mediterráneo central, el Darién entre Colombia y Panamá, el desierto de Sonora, el Mar de Andamán, el canal de la Mancha, los enclaves de Ceuta y Melilla. Cada uno de estos territorios es una superficie donde la herida exclucéntrica se inscribe con su firma propia, pero todos comparten la misma operación. El centro fabrica el borde para mantener la carne abierta y, en ese gesto, ejecuta sobre el cuerpo periférico el corte que el resto del aparato conceptual venía preparando.

Pero aquí el manifiesto necesita decir algo que la tradición de pensamiento sobre fronteras no ha dicho con suficiente claridad y que constituye el giro central de esta sección. La herida exclucéntrica no se queda en la frontera geopolítica. Es patología móvil y acumulativa, viaja con el cuerpo, se mete en la maleta, cruza al otro lado, se reinstala en cada nueva esfera de la vida del que cruzó. No es enfermedad que se padece en un momento y se resuelve. Es condición que se desplaza y que se reproduce a escalas cada vez más íntimas mientras el cuerpo avanza por el interior del centro. Para nombrarla con precisión conviene tomar prestada una figura matemática y darle peso conceptual. La herida exclucéntrica tiene geometría fractal. Un fractal es una estructura donde cada parte reproduce la forma del todo a una escala distinta, y donde la autosemejanza opera en todas las escalas posibles. Aplicado al fenómeno que el manifiesto describe, esto significa que la frontera geopolítica es solo la primera escala visible de una estructura que se reproduce hacia adentro indefinidamente. Cuando el cuerpo cruza, la patología no desaparece, se reproduce a escala menor en el barrio donde se aloja, en el

trabajo precario que consigue, en la lengua que tropieza, en el aula donde es mirado, en la consulta médica donde es atendido con prisa, en la oficina administrativa donde su nombre se escribe mal una y otra vez. Y dentro de cada una de esas escalas, la operación se reproduce a escala todavía menor, en la mirada del jefe, en la distancia de los compañeros, en la corrección del acento, en la sospecha del policía que pide la documentación, en la indiferencia del médico que no escucha del todo, en el silencio que sigue a cada palabra dicha con el acento equivocado. El fractal se despliega indefinidamente hacia dentro, multiplicando la herida en lugar de cerrarla. Y conviene nombrar lo que esta geometría es en su nivel más exacto. No es geometría fractal de la herida sin más. Es geometría fractal de la violencia. Cada escala del fractal es un acto activo del sistema sobre el cuerpo periférico, no recuerdo de una violencia anterior ni metáfora de una violencia mayor. La discriminación cotidiana, el techo invisible, la corrección del acento, la sospecha rutinaria, el formulario interminable. Ninguna de estas escenas es residuo de la operación primaria, todas son ejercicios contemporáneos del exclucentrismo sobre el cuerpo que ya cruzó.

Y aquí está el giro más cruel del diagnóstico. Antes de cruzar, la herida era visible. Tenía nombre, tenía protagonistas, tenía cobertura mediática, tenía indignación intermitente. La barca que naufraga, el desierto que devora, el muro que detiene, la valla que desgarrar. Esas son las heridas que el centro consume como noticia y que la opinión pública procesa con la liturgia compasiva que el manifiesto ya nombró en la sección afectiva. Pero cuando el cuerpo logra cruzar y entra al interior del centro, la herida muta. Deja de ser visible y se convierte en invisibilidad. Deja de tener nombre y se convierte en olvido. El cuerpo que ya está dentro deja de interesar como noticia porque ya no figura el drama fronterizo, se ha convertido en una más de las muchas vidas administradas en el orden interior del centro. Y precisamente por eso su sufrimiento se vuelve más eficaz para el sistema, porque no necesita ya ser tramitado por la catarsis sentimental ni por la filantropía visible. Basta con que sea invisible. Basta con que ese cuerpo se diluya en los suburbios, en los empleos precarios, en los hospitales saturados, en los expedientes que nadie revisa, en los pisos compartidos donde la vida se hace pequeña. La invisibilidad y el olvido son la forma más eficiente del exclucentrismo porque no exigen del centro ni siquiera el gesto de la piedad. Solo exigen no mirar. Y esa no mirada es trabajo activo del centro, no ausencia de acción. Es decisión sostenida de mantener fuera del campo de la visibilidad pública lo que sigue ocurriendo dentro de sus propias ciudades. La ficción sentimental de la inocencia que ya describimos opera selectivamente sobre la primera escala del fractal, la frontera visible, y se desentiende completamente de todas las escalas posteriores. Esa selectividad es funcional al sistema porque permite al centro sentirse compasivo respecto a la primera escala y completamente indiferente respecto a todas las demás.

Y aquí, en este punto, el manifiesto debe decir lo que es probablemente la conclusión política más importante de todo su recorrido. Si la geometría es fractal y la violencia se reproduce en cada escala, entonces la asimilación pacífica no es una promesa que el sistema todavía no ha cumplido. Es una imposibilidad estructural del sistema. El centro no puede asimilar porque su propia constitución como centro depende de que haya periferias en todas las escalas, no solo en las geográficas. Si asimilara completamente, dejaría de ser centro. La inclusión pacífica que el discurso liberal promete una y otra vez no se cumple no por falta de voluntad política ni por insuficiencia de recursos ni por torpeza en la implementación de las políticas correctas. No se cumple porque el sistema que la promete necesita que no se cumpla para seguir siendo lo que es. Esto significa que cada nuevo programa de integración, cada nueva declaración de tolerancia, cada nueva campaña por la diversidad, cumple una función paradójica que conviene nombrar sin atenuantes. Sostiene la ilusión de que la promesa todavía podría cumplirse, mientras opera para que nunca se cumpla. La promesa no se traiciona en cada caso particular por insuficiencia de su aplicación. La promesa es estructuralmente intraicionable porque el sistema que la enuncia depende de su incumplimiento permanente. Y bajo este régimen, el periférico que cruzó se convierte en lo que conviene nombrar con toda precisión, portador crónico de la frontera. Crónico, porque la condición se instala y no se cura, se gestiona durante décadas pero no se erradica. Portador, porque el cuerpo lleva consigo la frontera y la traslada al lugar donde la frontera no estaba dibujada en el mapa. El cuerpo del migrante, del refugiado, del racializado, del subalterno, no cruza la frontera dejándola atrás, la mete dentro de sí y la transporta al centro. Y el centro reconoce esa frontera en cada interacción donde el cuerpo aparece, en cada formulario donde se pregunta por el origen, en cada gesto que marca la diferencia, en cada decisión que la activa. La frontera deja de ser geográfica y se vuelve corporal, pero sigue siendo la misma frontera operando bajo el mismo régimen.

Y aquí conviene plantar lo que es probablemente el gesto más perverso del fenómeno. El sistema no se limita a sufrir la presencia del portador crónico, lo necesita. Lo aloja en su interior precisamente porque su presencia activa permite al centro seguir produciendo periferias dentro de sus propias entrañas. El centro no está infiltrado por el portador, lo cultiva. La estructura fractal de la herida activa es el modo en que el centro se reproduce a sí mismo como centro hacia adentro, no solo hacia afuera. Sin portadores crónicos de la frontera viviendo dentro del centro, el centro perdería las periferias internas que necesita para seguir distinguiéndose. La frontera geopolítica de afuera y la frontera fractal de adentro son la misma operación a escalas distintas, y ambas son funcionales al mismo régimen. Y de esta operación se sigue lo que el cuerpo periférico experimenta como sabotaje perpetuo de su derecho a pertenecer. La pertenencia prometida por el sistema está estructuralmente sabotada por el propio sistema. No es que el excluido no logre pertenecer porque tarde, porque le falten recursos, porque no se haya esforzado bastante. Es que el sistema sabotea su pertenencia

activamente, en cada nueva escala del fractal, para que la promesa siga siendo promesa y no se convierta nunca en realidad. El sabotaje no es excepcional, es la operación central del exclucentrismo aplicada a los cuerpos que ya están dentro. Y el sabotaje es perpetuo porque cada generación reproduce la operación sobre la siguiente. Los hijos del migrante heredan la frontera del padre transformada en otra escala, no la heredan como recuerdo sino como condición activa. Por eso el exclucentrismo no se resuelve con el tiempo, se transmite con él. Y por eso parte de la herida queda siempre, no en estado de cicatriz cerrada sino en estado de necrosis, tejido que no se cura del todo, que muere en silencio dentro del cuerpo que aprendió a convivir con él, que se vuelve parte del cuerpo y al mismo tiempo trabaja contra él, recordatorio sostenido de que el corte primero nunca se sanó porque la geometría que lo produjo sigue activa en todas las escalas posteriores.

Y aquí, en este último movimiento, el manifiesto puede formular el cierre completo de su aparato conceptual antes de pasar a los axiomas. El exclucentrismo no es un fenómeno con principio y final localizables. No es una operación que se ejecuta una vez y deja al cuerpo del periférico a su suerte. Es una estructura fractal y móvil que se reproduce sin descanso, que muta sus formas conservando su naturaleza, que sigue al cuerpo allá donde el cuerpo vaya, que se aloja dentro del centro precisamente para reproducirse desde dentro, y que se transmite entre generaciones como condición heredada. Bajo este régimen, la frontera no es un lugar, es una operación. La herida no es un acontecimiento, es una geometría. Y el excluido no es alguien que está fuera, es alguien que carga consigo la línea misma que decide qué está dentro y qué está fuera, en cada espacio que habita y en cada tiempo que vive. Mientras el portador crónico arrastra su patología fractal y se hunde en la invisibilidad funcional del centro, el centro despliega su liturgia compasiva sobre la primera escala visible del fractal e ignora completamente todas las réplicas que se reproducen dentro de sus propias ciudades. La autocomplacencia del centro y la herida fractal del periférico son las dos caras del mismo régimen. Una se exhibe como bondad y la otra se necrosa en silencio. Y entre ambas el exclucentrismo se sostiene, se renueva, se reproduce. Es la geometría de la violencia bajo la que vivimos, y nombrarla en toda su extensión es la condición mínima para que cualquier praxis crítica posterior pueda tener algún sentido. De esa praxis se ocupan los axiomas que vienen a continuación, y solo pueden formularse con autoridad después de haber recorrido todo lo anterior. Porque sin diagnóstico completo no hay acción legítima, y sin esta geometría a la vista, todo gesto crítico corre el riesgo de operar sobre la primera escala del fractal mientras deja intactas las que la sostienen.

VIII. El laboratorio mediterráneo

Todo lo dicho hasta aquí pediría, en algún momento, descender a un escenario concreto donde el aparato conceptual pudiera verificarse sin reducirse a ilustración. Esa exigencia no es menor, porque sin anclaje empírico el manifiesto corre el riesgo de operar en una abstracción que el propio fenómeno descrito desmiente, ya que el exclucentrismo no es categoría filosófica que flote sobre el mundo sino mecánica que sucede en lugares y sobre cuerpos. De entre los muchos escenarios posibles, el Mediterráneo central ofrece probablemente la verificación más nítida y más obscena del aparato. Allí, en la franja de mar que separa las costas norteafricanas de las costas sicilianas y maltesas, la geometría fractal de la violencia se inscribe con una claridad que ninguna teoría podría haber imaginado antes de comprobarla en los hechos. El laboratorio mediterráneo, llamado así no por metáfora sino con precisión exacta, es el lugar donde el centro europeo ensaya, perfecciona y normaliza las operaciones del exclucentrismo a la vista de todos. Y conviene nombrarlo así, laboratorio, porque lo que allí se hace no se queda allí, se exporta como modelo a otras fronteras del orden global, se replica con variaciones locales en el Canal de la Mancha, en el Egeo, en las rutas balcánicas, y se vuelve referencia técnica para cualquier centro que necesite gestionar sus periferias con eficiencia. El Mediterráneo central no es excepción ni anomalía del régimen europeo, es su síntesis condensada y su exhibición permanente. Lo que allí ocurre no contradice los valores que Europa proclama, los completa, porque Europa no podría sostener su autoimagen sin la maquinaria que ese mar pone en operación cada día.

En la escala que el manifiesto llamó frontera visible, el laboratorio mediterráneo opera mediante una arquitectura sofisticada de externalización y omisión calculada. Europa no ejecuta la violencia directamente sobre los cuerpos, ha aprendido que la ejecución directa carga políticamente al ejecutor con un coste reputacional difícil de tramitar. Por eso delega la violencia en terceros, financia y equipa a la mal llamada Guardia Costera Libia para que intercepte embarcaciones en aguas internacionales y las devuelva a centros de detención donde la tortura y la trata están documentadas, sostiene acuerdos con gobiernos del norte de África que convierten esos países en gendarmes externos del centro, paga para que la violencia se ejerza en su nombre y al mismo tiempo lejos de su mirada. La operación es de una sofisticación notable porque permite al centro proclamar respeto por los derechos humanos mientras subcontrata su violación a regímenes que el propio centro considera, en otros contextos, inaceptables. A esta delegación se suma la retirada progresiva de las operaciones europeas de rescate, primero el desmantelamiento de Mare Nostrum y después la reducción sostenida de las capacidades de Frontex en términos de salvamento, transformando el mar en un arma no humana cuya letalidad no requiere ejecutor identificable. El agua no firma actas, no tiene rostro, no comparece ante tribunales. Y Europa lo sabe. Por eso convierte el espacio marítimo en cementerio sin necesidad de

proclamarse asesina. La inversión del marco es perfecta. Lo que es operación deliberada del centro aparece como tragedia natural, lo que es decisión política se presenta como destino geográfico, lo que es producto sistémico se narra como consecuencia de mafias del tráfico de personas a quienes se atribuye toda la responsabilidad mientras el sistema legal europeo, con su Tratado de Dublín y sus visados selectivos, sigue produciendo la imposibilidad estructural de migrar por vías regulares que es justamente lo que hace inevitable la ruta marítima. La operación de invisibilización del marco descrita anteriormente encuentra aquí su realización más eficiente, porque el agua del mar mediterráneo es ya en sí misma un dispositivo de borrado, traga los cuerpos sin dejar huella, dispersa los restos, neutraliza los testigos, ejecuta la desaparición sin exigir del centro ningún gesto activo. Solo exige no rescatar, no buscar, no contabilizar.

En la escala que el manifiesto llamó suspensión liminal aplicada al territorio, el laboratorio mediterráneo despliega una operación que va más allá de lo que las teorías previas sobre fronteras habían descrito y que conviene nombrar con precisión, porque añade un matiz al aparato conceptual. La suspensión liminal no opera solo sobre los cuerpos periféricos, opera también sobre los testigos que intentan documentar o suturar la herida. Las organizaciones de rescate marítimo que han salido a operar en el Mediterráneo central durante la última década han sido sometidas sistemáticamente al mismo tipo de gestión administrativa del tiempo que los propios migrantes. Sus barcos son retenidos en puertos distantes designados por gobiernos europeos durante semanas o meses, sufren bloqueos administrativos que se renuevan indefinidamente, son sancionados con multas millonarias bajo acusaciones de colaboración con el tráfico de personas, sus tripulaciones son investigadas penalmente, sus comunicaciones son intervenidas, sus rutas son condicionadas por decisiones políticas tomadas en capitales lejanas. La estrategia italiana de dispersión, que obliga a desembarcar a los rescatados en puertos remotos y exige a los barcos humanitarios travesías de varios días entre cada operación, es probablemente la formulación más clínica de esta operación, porque convierte al tiempo del rescate en tiempo administrativamente secuestrado, asegurando que durante esas travesías obligatorias otros cuerpos se ahoguen en el mar sin nadie que pueda asistirlos. La operación es elegante en su perversidad. El centro no necesita prohibir el rescate, basta con hacerlo lento. No necesita ilegalizar la solidaridad, basta con burocratizarla hasta el agotamiento. Y al hacerlo extiende la suspensión liminal a una segunda capa de sujetos, los testigos, garantizando que mientras estos están atrapados en puerto el mar permanezca ciego y la herida sangre sin documentación posible. Este es uno de los puntos donde el laboratorio mediterráneo añade algo al aparato conceptual, porque revela que el exclucentrismo no opera solo sobre los excluidos sino también sobre quienes pretenden visibilizar la operación. Quienes intentan suturar la herida son tratados como amenazas y sometidos a versiones más sofisticadas de la misma maquinaria que sufren aquellos a quienes intentan socorrer. La solidaridad organizada es

criminalizada precisamente porque interrumpe la operación de invisibilización que el centro necesita para sostener su autoimagen.

En la escala que el manifiesto llamó invisibilidad interior, el laboratorio mediterráneo ejecuta su trabajo más prolongado y, en cierto modo, más cruel. Los cuerpos que el mar no traga, los que logran llegar a Lampedusa, a Sicilia, a las costas andaluzas, a Malta, no encuentran el final de la herida sino su mutación. Son recibidos en hotspots, centros de identificación y registro donde el sujeto que ha sobrevivido a una travesía atroz es inmediatamente despojado de su nombre y reducido a un número de expediente, sometido a procedimientos de clasificación que deciden en horas si su trayectoria vital cabe en la categoría de refugiado o si será catalogado como migrante económico, calificación esta última que opera como sentencia de expulsión sin necesidad de juicio. La exclusión narrativa se ejecuta aquí con toda su violencia. El sujeto no tiene derecho a contar su historia, su testimonio es procesado a velocidad administrativa por entrevistadores sobrecargados que disponen de pocos minutos para decidir el destino del que tienen enfrente, y cualquier vacilación, cualquier omisión, cualquier inconsistencia derivada del trauma reciente, se interpreta como falta de credibilidad. La operación ontológica que el manifiesto describió como jerarquización previa de las vidas se materializa aquí en categorías administrativas que el sistema presenta como técnicas y neutrales pero que son ejecución directa de la decisión previa sobre cuánto cuenta cada vida. Y a quienes el mar sí tragó, el laboratorio mediterráneo les reserva la operación más definitiva del régimen, la exclusión memorial. Los cuerpos recuperados por barcos pesqueros, por la guardia costera italiana, por buques mercantes que asisten en mar abierto, son enterrados con frecuencia en fosas comunes sin identificación, sin protocolos sistemáticos de cotejo de ADN con familias en países de origen, sin lápidas con nombres, sin posibilidad de duelo para quienes esperan al otro lado del mar. Las familias quedan así condenadas a un duelo perpetuo e irresuelto, sin cuerpo que velar, sin tumba que visitar, sin certificado de defunción que oficialice la pérdida, sin acceso siquiera al saber si su hijo, su hermano, su padre, está muerto o sigue desaparecido en algún punto del trayecto. La desaparición forzada que durante el siglo veinte se asoció a dictaduras militares específicas se ha convertido en el Mediterráneo central en política democrática europea, ejecutada con la misma indiferencia y el mismo resultado, miles de cuerpos sin nombre y miles de familias sin la posibilidad estructural de cerrar la herida. Y aquí está el cierre del laboratorio, el punto donde el exclucentrismo verifica su lógica más extrema. La desaparición no es accidente del fenómeno migratorio, es operación. Permite al centro mantener la cifra ambigua, permite negar la responsabilidad por imposibilidad de atribución, permite que cada nuevo naufragio se procese como tragedia sin autor en lugar de como consecuencia de un sistema legal específico. La indeterminación es funcional, y por eso el sistema no necesita resolverla.

Y aquí, antes de cerrar el caso, conviene nombrar dos operaciones específicas del laboratorio mediterráneo que rara vez aparecen en los análisis sobre fronteras y que, sin embargo, son condición de posibilidad de todo lo anterior. La primera puede llamarse complicidad fiscal inducida y designa el mecanismo por el cual los habitantes del centro europeo financian, a través del sistema fiscal obligatorio, las operaciones de violencia que el centro ejecuta sobre sus periferias, sin haber dado consentimiento explícito a esa financiación y sin disponer de información transparente sobre el destino exacto de los fondos que aportan. Frontex se financia con presupuestos europeos que provienen del bolsillo de cada contribuyente, los acuerdos con la mal llamada Guardia Costera Libia se sostienen con dinero público recaudado de poblaciones que probablemente no aprobarían su asignación si fueran consultadas con claridad sobre los resultados documentados de su uso, los hotspots, los centros de internamiento, los sistemas biométricos de control y deportación, todo esto opera con fondos que cada habitante del centro aporta sin opción real de negarse. La complicidad existe aunque sea inducida, porque la operación se ejecuta y los fondos se transfieren. Y lo más sofisticado del dispositivo es precisamente su carácter delegado, el ciudadano del centro no firma ningún documento que autorice la violencia, no participa en ninguna decisión específica sobre las políticas migratorias, no es informado en detalle sobre lo que su contribución financia, pero al mismo tiempo es estructuralmente el financiador último de todo el sistema. Esa zona de consentimiento ausente y a la vez de participación forzosa es donde el exclucentrismo contemporáneo encuentra su forma más eficiente, porque produce cómplices estructurales sin necesidad de pedirles que se reconozcan como tales.

Pero el dispositivo es todavía más perverso de lo que hasta aquí se ha enunciado, y conviene plantarlo sin atenuantes porque es la observación más cruel del diagnóstico contemporáneo. La complicidad fiscal inducida no opera solo sobre el ciudadano del centro entendido como europeo nativo o residente legal con pleno estatuto. Opera también, y con la misma eficiencia técnica, sobre el cuerpo del excluido que ha logrado entrar y sobre sus descendientes. El sistema fiscal moderno no se financia únicamente con impuestos directos sobre la renta declarada, se financia fundamentalmente con impuestos indirectos sobre el consumo, y entre estos el IVA es el más universal y el más invisible, gravamen ciego al estatuto jurídico de quien paga. No pregunta si quien compra es ciudadano nacional, residente legal, refugiado en proceso, indocumentado, empleado en negro. Solo grava la operación de compra. Y la operación de compra es inevitable para cualquier cuerpo que necesite comer, vestirse, transportarse, comunicarse, sobrevivir. De aquí se sigue una consecuencia que el discurso público raramente nombra. Cada vez que el excluido que ha logrado entrar en el centro compra pan en el supermercado, paga el alquiler de una habitación, recarga el saldo del móvil, repone una bombona de gas, adquiere medicamentos, viste a sus hijos, está financiando con cada euro de

impuesto indirecto la maquinaria que lo excluyó, lo está excluyendo ahora en escalas internas más sutiles, y seguirá excluyendo a sus descendientes. La operación es perfecta en su perversidad porque ni siquiera requiere que el sujeto trabaje formalmente, ni que cotice, ni que declare. Basta con que viva. El acto mismo de la supervivencia material dentro del territorio del centro convierte al excluido en financiador estructural del exclucentrismo que lo padece. Y aquí conviene marcar el caso extremo, el del trabajador en negro, sin papeles, sin contrato, sin presencia administrativa registrada, sujeto que el discurso oficial presenta como parásito que se beneficia del bienestar sin aportar nada, narrativa que es uno de los pilares retóricos de la xenofobia económica contemporánea. La realidad es exactamente la opuesta. El trabajador en negro paga impuestos indirectos en cada compra y en cada servicio que consume, financia la maquinaria estatal que lo persigue como ilegal mientras tolera y necesita su trabajo como mano de obra barata. Y simultáneamente no tiene acceso pleno a los servicios públicos que financia, no puede empadronarse con normalidad, no puede acceder con seguridad a la sanidad universal, no puede denunciar abusos laborales sin riesgo de deportación. Es financiador silencioso de un sistema que lo niega. La fórmula clásica que sostiene la legitimidad fiscal democrática queda aquí invertida con una crueldad que el pensamiento liberal nunca ha querido nombrar. La tributación sin representación es exactamente la condición del excluido dentro del centro, y esa tributación financia la maquinaria que sostiene su exclusión. Y esta operación se hereda. Los hijos del migrante, las generaciones posteriores que ya nacen dentro del centro y que arrastran la herida fractal heredada, siguen siendo sujetos fiscalmente activos como cualquier otro habitante. Vía IVA y vía toda fiscalidad indirecta, financian generación tras generación la misma maquinaria que continúa excluyéndolos en escalas más sutiles. La complicidad fiscal inducida no es accidente del sistema económico, es operación específica del exclucentrismo en su fase contemporánea, dispositivo de financiación autosuficiente donde el cuerpo periférico paga por la maquinaria que lo excluye, y al pagarla la sostiene, y al sostenerla garantiza su propia exclusión continuada. Es un *perpetuum mobile* donde el combustible es la supervivencia material misma de quien padece la operación. Y la geometría fractal de la violencia añade aquí una dimensión que no había sido nombrada en secciones anteriores. El fractal no opera solo hacia el cuerpo del excluido que cruza y arrastra la frontera, opera también hacia el cuerpo del ciudadano del centro que es convertido en financiador inducido, y opera con especial crueldad sobre el cuerpo del propio excluido y sus descendientes, atrapados en una operación dual donde son a la vez víctimas del régimen exclucentrista y financiadores forzosos de su perpetuación.

La segunda operación que el laboratorio mediterráneo necesita para funcionar puede llamarse narcosis del bienestar y designa el conjunto de fuerzas combinadas que mantienen a la mayoría de la población del centro en un estado de inconsciencia funcional respecto a la maquinaria que su contribución fiscal sostiene. Estas fuerzas son varias y operan simultáneamente, por lo que conviene

nombrarlas con precisión para no reducirlas a explicación única. La primera es la obsesión sostenida por preservar una sociedad del bienestar que opera más como ficción defensiva que como realidad cotidiana, narrativa heredada de la posguerra que prometía estabilidad material a cambio de aceptación del orden político y que en la práctica está siendo desmantelada a velocidad creciente. La gente sostiene mentalmente la idea del bienestar mientras lo ve deshacerse en su propia experiencia, derechos básicos erosionados, vivienda inaccesible, sanidad pública saturada, educación deteriorada, inflación que devora salarios estancados, pensiones futuras inciertas. Pero la ficción sigue operando porque renunciar a ella exigiría enfrentar la pregunta de qué hay debajo, y la respuesta es difícil de tramitar para una subjetividad que ya está al límite de su capacidad de gestión. La segunda fuerza es la precarización material, que produce un efecto político específico, el consumo de la energía cognitiva y afectiva de la gente en la pura supervivencia del día a día. Quien dedica todas sus horas a llegar a fin de mes carece de la disponibilidad real para investigar dónde van sus impuestos, para articular crítica política sostenida, para participar en formas organizadas de oposición. La precarización es despolitización por agotamiento, y esto es funcional al sistema, que necesita ciudadanos cansados, no ciudadanos informados. La tercera fuerza es el entretenimiento como dispositivo de saturación, que ocupa el espacio mental que la precariedad deja libre, plataformas, redes, ciclos noticiosos veloces que sustituyen el análisis por la indignación intermitente y de corta duración. La crítica, cuando aparece, dura el tiempo de un titular y se disuelve antes de poder organizarse. Esto es lo que conviene nombrar con palabra exacta, secuestro de la crítica. El centro no necesita ya prohibir la oposición, basta con saturarla, con dispersarla, con descomponerla en mil micro indignaciones que nunca se acumulan en confrontación estructurada. Y estas tres fuerzas se combinan con la complicidad fiscal inducida para producir el efecto compuesto que el laboratorio mediterráneo requiere, un sujeto político neutralizado, capaz a lo sumo de indignación pasajera pero incapaz de oposición sostenida. Mientras dura esa neutralización, el laboratorio opera con tranquilidad, los barcos se hunden, los cuerpos desaparecen, las familias quedan sin duelo, y el centro mantiene su autoimagen intacta. La narcosis del bienestar no es accidente de la cultura contemporánea ni efecto colateral del capitalismo tardío, es operación específica del exclucentrismo en su fase actual, dispositivo activo de neutralización política que el sistema necesita para que su maquinaria fronteriza pueda seguir funcionando sin oposición masiva. Y de aquí se sigue una consecuencia que conviene plantar antes de cerrar la sección. El despertar respecto a esta maquinaria no es decisión individual liberada de consecuencias, es proceso doloroso y sostenido que confronta al ciudadano con su propia complicidad estructural, con la inutilidad práctica de gran parte de las herramientas críticas disponibles, con la dispersión de la oposición posible, y con la dificultad de articular acción política eficaz dentro de un sistema diseñado para neutralizarla. Ese despertar no es premio del análisis, es carga que se arrastra. Y precisamente porque arrastra, no puede ser declarado como condición superior respecto a quienes permanecen

narcotizados, porque la narcosis es producida activamente por el sistema y no es responsabilidad moral individual de quienes la padecen.

Lo que el laboratorio mediterráneo demuestra, después de tres décadas de operación documentada y de más de treinta mil muertes contabilizadas y un número probablemente mucho mayor de muertes no registradas, es que la inclusión pacífica no es promesa incumplida del régimen europeo sino imposibilidad estructural ya nombrada en la sección anterior. Europa no organiza la integración de sus periferias del sur, organiza rigurosamente las condiciones bajo las cuales esas periferias se ahogarán antes de llegar, serán deportadas si llegan, quedarán en suspensión administrativa si no son deportadas, y permanecerán como portadoras crónicas de la frontera si finalmente acceden al territorio. El laboratorio mediterráneo no es desviación de los valores europeos, es su síntesis operativa. Y aquí conviene volver a la cautela que el manifiesto ha sostenido. Nombrar Europa como ejecutora específica del exclucentrismo en este caso no significa reducir el fenómeno a operación europea, significa reconocer que en el Mediterráneo central el régimen general del exclucentrismo encuentra su realización contemporánea más documentada y más exportable. Otros centros, en otras geografías, ejecutan operaciones análogas con variaciones locales, la frontera entre México y Estados Unidos, el desierto del Darién, el Mar de Andamán, los enclaves del sudeste asiático. Lo que el laboratorio mediterráneo añade al aparato conceptual es la verificación de que el exclucentrismo no es ya hipótesis filosófica que requiera demostración futura, es operación contemporánea documentada cuya descripción exige solamente que se acepten los hechos. Y aceptados los hechos, lo que queda es responder a la pregunta que el manifiesto no puede evitar formular en su último tramo. Qué hacer con un diagnóstico de esta gravedad. A esa pregunta responden los axiomas que vienen a continuación, no como respuesta exhaustiva sino como propuesta operativa para una praxis crítica que se sabe insuficiente y que sin embargo se niega a la inacción.

IX. Axiomas metodológicos del exclucentrismo

Todo lo que el manifiesto ha desplegado hasta aquí, postulado canónico, método de constelaciones expuestas, constelación de predecesores, sueño prometido y culpa compartida, tres operaciones vectoriales, lugar de enunciación del múltiplo de la desobediencia epistémica, herida fractal, laboratorio mediterráneo, conduce inevitablemente a la pregunta operativa que el manifiesto no puede esquivar en su último tramo. Qué hacer con un diagnóstico de esta gravedad. La respuesta no puede ser un programa cerrado, porque cualquier programa cerrado reproduciría en su forma misma la lógica del centro que pretende criticar. Pero tampoco puede ser silencio, porque el silencio frente al exclucentrismo es ya complicidad pasiva con su perpetuación. Lo que sigue son seis axiomas

metodológicos formulados como código de praxis para el múltiplo de la desobediencia epistémica, principios operativos obligatorios que rigen tanto la producción visual y plástica como la práctica curatorial y la articulación pública del exclucentrismo. No son sugerencias ni recomendaciones, son condiciones de coherencia interna sin las cuales cualquier intervención reproduce, en algún plano, la maquinaria que dice combatir. Y conviene anunciar desde el inicio que el sexto axioma articula a los cinco anteriores, porque la praxis exclucentrica no se ejecuta aplicando uno u otro principio aisladamente sino activando los seis simultáneamente en distintas escalas.

Axioma I. Principio de Inversión Focal

La mirada se dirige al centro, no al periférico.

La investigación artística y curatorial bajo el régimen del exclucentrismo no fija su atención en el sujeto periférico como objeto de estudio, como fetiche analítico o como víctima pasiva cuya exposición sirva para conmover al espectador del centro. Fija su atención en la matriz productiva del exclucentrismo, en los engranajes legales, arquitectónicos, estéticos, burocráticos, fiscales, mediáticos y discursivos que fabrican activamente la periferia para sostener el centro. Investigar al excluido es extractivismo académico o artístico, según la disciplina desde la cual se opere, y reproduce la operación del centro que necesita al periférico convertido en objeto consumible. Investigar al engranaje excluyente es deconstrucción operativa de la maquinaria, y restituye al periférico su condición de sujeto pleno al desplazar el foco de su sufrimiento hacia las causas estructurales que lo producen. La praxis del múltiplo de la desobediencia epistémica diseca, evidencia y desmonta los mecanismos del centro, expone sus dispositivos, ilumina sus zonas de opacidad calculada, traduce a lenguaje visual y espacial las operaciones que el centro necesita mantener invisibles. El sujeto exclucentrado no aparece en la obra como dolor expuesto sino, cuando aparece, como agencia, como voz crítica articulada, como presencia que el dispositivo facilita pero no captura. Y cuando la obra trata del cuerpo periférico, lo hace bajo la regla estricta del axioma siguiente.

Axioma II. Principio de Sustracción Estética

Hacer visible el vacío en lugar de simular la presencia del desaparecido, y trabajar contra el tiempo veloz del consumo cultural.

Ante la desaparición forzada, la jerarquización ontológica de las vidas, la cifra ambigua de los cuerpos engullidos por los cementerios líquidos y los desiertos exclucentrados, la representación visual y curatorial del múltiplo de la desobediencia epistémica no recurre a la hipervisibilidad morbosa, no estetiza el cadáver, no convierte el cuerpo herido en material disponible para el consumo emocional del centro. La violencia del sistema se enuncia mediante la ausencia, mediante el vacío denso que

queda en el lugar donde el cuerpo fue borrado, mediante el agua sin nadie, la frontera sin figura humana, la sala sin público, el silencio sostenido en el lugar exacto donde se esperaba el grito. La obra opera como índice de la sustracción, como huella negativa de lo que ya no está, no como simulación de la presencia del desaparecido que sería ya, ella misma, otra forma de borrado por sustitución. Y a la sustracción espacial se añade la sustracción temporal, porque el ritmo veloz del consumo cultural contemporáneo es uno de los dispositivos específicos de la narcosis del bienestar y opera reduciendo cualquier atención sostenida a indignación pasajera. La praxis exclucéntrica trabaja contra ese ritmo. Exige tiempo de detención, demora la lectura, fuerza al espectador a permanecer, articula sus intervenciones en duraciones que el consumo cultural normal no tolera. La sustracción es entonces doble, del cuerpo doliente representado y del tiempo acelerado de su consumo, y en esa doble negativa la obra abre el espacio para que algo más allá de la pornografía afectiva pueda inscribirse en la conciencia del espectador.

Axioma III. Rechazo a la Catarsis Compasiva y Confrontación con la Complicidad

El espacio artístico no opera como bálsamo de la culpabilidad del centro, opera como confrontación de su complicidad estructural.

El espacio artístico y curatorial bajo el régimen del exclucentrismo no funciona como bálsamo multicultural donde el centro integra simbólicamente a la periferia para limpiar su culpabilidad histórica, ni como dispositivo de catarsis sentimental donde el espectador del centro tramita su mala conciencia mediante la conmoción breve y la indignación articulada en horas y disuelta en días. La ficción sentimental de la inocencia, ya descrita en la sección afectiva del manifiesto, opera mediante una liturgia compasiva que el espacio artístico contemporáneo ha aprendido a producir con creciente sofisticación, y que la praxis exclucéntrica debe rechazar sin excepciones. Cualquier proyecto bajo este marco rechaza los formatos tradicionales de la benevolencia institucional y, cuando una institución acoge el proyecto, exige que el dispositivo expositivo evidencie o desmante las propias lógicas de exclusión de esa misma institución, sus colecciones, sus archivos coloniales o nacionales, sus fuentes de financiación, sus jerarquías internas, sus relaciones con poderes económicos y políticos específicos. Y a la confrontación con la institución se añade ahora una confrontación más profunda, la del público con su propia complicidad fiscal estructural. La praxis exclucéntrica nombra y hace visible que cada espectador del centro es financiador inducido de la maquinaria que produce las periferias visibles en la obra, que cada habitante del territorio, ciudadano o no, contribuye vía impuestos directos o indirectos al sostenimiento del régimen, que la narcosis del bienestar no es accidente de la cultura contemporánea sino dispositivo específico que mantiene esa complicidad operativa. El espacio expositivo se convierte así en lugar donde el espectador no puede salir intacto, porque encuentra en él

no la confirmación de su propia bondad sino la evidencia de su participación estructural. Esta confrontación no es moralización, es restitución de información sobre el funcionamiento del sistema. Y sin esta confrontación, cualquier intervención exclucéntrica corre el riesgo de operar como otra forma sofisticada de la catarsis compasiva que el manifiesto ha venido desmontando.

Axioma IV. Principio de Resignificación Espacial y Activación del Contra Archivo

El espacio donde se ejecuta la obra carga peso político y semántico que dialoga con la operación crítica.

La praxis del múltiplo de la desobediencia epistémica opera sobre la conciencia de que el espacio donde la obra se inscribe no es neutro. El cubo blanco del museo, ese formato hegemónico del arte contemporáneo, es ya en sí mismo dispositivo del centro, lugar diseñado para neutralizar la carga política de las obras mediante su descontextualización y su conversión en patrimonio estético consumible. Romper esa neutralización es operación constitutiva de la praxis exclucéntrica, y se ejecuta mediante dos vías complementarias que el axioma autoriza. La primera vía es el desplazamiento de las obras hacia espacios con memoria traumática latente, lugares donde el pasado histórico inconcluso fecunda y da coordenadas materiales a la tragedia del presente, y donde el choque temporal entre lo allí ocurrido y lo allí ahora expuesto activa un contra archivo que ningún espacio neutro podría producir. Refugios, fosas, ruinas, cárceles, hospitales abandonados, antiguas instituciones de control. Estos espacios funcionan como contenedores donde la temporalidad del exclucentrismo se vuelve legible, porque el dolor presente encuentra en ellos su anclaje histórico. La segunda vía, igualmente válida, es la apropiación crítica de espacios aparentemente neutros, banales, funcionales o cotidianos, y su resignificación mediante la intervención artística y curatorial. Una sala de espera de aeropuerto, una sucursal bancaria, un supermercado, un centro comercial, una oficina administrativa, una rotonda urbana. Ninguno de estos espacios carga memoria traumática evidente, pero todos son escenarios donde el exclucentrismo ejecuta operaciones específicas que pueden ser visibilizadas mediante el extrañamiento semántico que la intervención produce. La resignificación opera entonces por dos vías, choque temporal entre pasado y presente o desplazamiento crítico del significado habitual del espacio, y ambas son legítimas dentro de la praxis exclucéntrica. Lo que el axioma prohíbe es la operación en espacios neutros que no son resignificados, porque la neutralidad espacial sin intervención crítica reproduce la operación del cubo blanco y neutraliza la potencia de la obra.

Axioma V. Principio de Utilidad Social y Retribución Epistémica

La práctica culmina en retorno real hacia comunidades, redes y agentes implicados, no en cierre estético del proyecto.

El espacio expositivo no es fin en sí mismo ni cementerio estético ni mausoleo de un dolor lejano. Es foro político vivo y dispositivo de articulación entre agentes que el sistema mantiene separados. La praxis del múltiplo de la desobediencia epistémica culmina obligatoriamente en un retorno real hacia las comunidades, redes y agentes implicados en el fenómeno trabajado, y este retorno opera bajo dos criterios estrictos que el axioma especifica. El primer criterio es que el receptor del retorno no se reduce a una tipología específica. Pueden ser asociaciones de rescate o de memoria histórica, sí, pero también cátedras universitarias e institutos de investigación que trabajen en líneas afines, otros artistas, escritores e investigadores que articulen redes de colaboración crítica, comunidades estructuradas por prácticas religiosas que sostengan redes reales de acogida y sustento, organizaciones humanitarias que presten ayuda material concreta a cuerpos exclucentrados. Lo que importa no es el tipo de organización sino la naturaleza de la relación, que tiene que ser de retorno material o simbólico real y no de extracción asimétrica. El segundo criterio es que la praxis exclucéntrica no opera bajo la lógica de la integración, porque el manifiesto ha demostrado que la integración pacífica es estructuralmente imposible bajo el régimen actual. Opera bajo la lógica de la subsistencia, entendida en su sentido más amplio, ayuda para sostener materialmente la vida de los cuerpos exclucentrados, articulación de redes que permiten resistir las operaciones del centro, transferencia de recursos que el sistema retiene, generación de condiciones para que el duelo colectivo pueda articularse y para que los testimonios encuentren espacios de inscripción donde no sean extraídos. El arte no salva cuerpos del mar, no desentierra fosas, no detiene deportaciones, no derroga leyes de extranjería. Pero genera el espacio autónomo donde quienes sí hacen esas cosas pueden reconocerse, articularse, y donde quienes las padecen pueden encontrar la posibilidad mínima de un duelo y de una continuidad. Esa es la utilidad social específica del exclucentrismo, modesta en alcance, pero precisa en función, y sin ella cualquier intervención exclucéntrica termina convirtiéndose en otra forma de capital simbólico acumulado por el múltiplo de la desobediencia epistémica a costa de las comunidades de las que extrae su material.

Axioma VI. Principio de Operación Multi escalar

Ninguna intervención opera aislada en una sola escala del fractal, porque cualquier acción reducida a una escala deja intactas las demás.

La geometría fractal de la violencia descrita en la sección de la herida fractal demuestra que el exclucentrismo se reproduce simultáneamente en escalas distintas, desde la frontera geopolítica hasta

la frontera íntima del cuerpo del excluido que habita el centro, pasando por todas las escalas intermedias de la suspensión liminal, la invisibilidad administrativa, la discriminación cotidiana y la herencia generacional de la herida. Cualquier intervención exclucéntrica que opere en una sola de estas escalas, por más rigurosa que sea, deja intactas las demás y termina siendo absorbida por la maquinaria que reproduce la operación en los planos no tocados. Por eso la praxis del múltiplo de la desobediencia epistémica opera multi escalarmente o no opera. La obra que denuncia el cementerio líquido del Mediterráneo central sin nombrar simultáneamente la operación interior que continúa sobre el cuerpo de quien logró cruzar deja al sistema intacto en su escala interior. La intervención curatorial que confronta al espectador con la complicidad fiscal sin articular retorno material hacia comunidades concretas deja al sistema intacto en su escala práctica. La praxis crítica que opera solo en la institución artística sin articular trabajo con organizaciones de base deja al sistema intacto en su escala social. Y así sucesivamente en todas las combinaciones posibles. La operación multi escalar exige entonces que cada proyecto exclucéntrico active simultáneamente al menos tres dimensiones de trabajo. Una dimensión analítica y crítica que opera sobre el aparato discursivo, en la obra misma y en sus textos asociados. Una dimensión expositiva y comunicativa que opera sobre la conciencia pública mediante los dispositivos visuales y curatoriales. Y una dimensión de articulación material que opera sobre las redes concretas de subsistencia, retribución y duelo colectivo. Sin las tres dimensiones simultáneamente activas, la intervención reproduce en su propia forma fragmentada la lógica fractal que dice combatir. Y este axioma final articula a los cinco anteriores, porque cada uno de ellos opera en una escala específica del trabajo crítico y solo en su activación simultánea cobran sentido pleno. La inversión focal opera sobre el plano analítico. La sustracción estética opera sobre el plano visual y temporal. La confrontación con la complicidad opera sobre la conciencia del espectador. La resignificación espacial opera sobre el dispositivo expositivo. La retribución epistémica opera sobre la articulación material. Los seis axiomas no son lista sino sistema, y su lectura conjunta es la condición mínima para que el exclucentrismo pase de ser diagnóstico a ser praxis.

Con estos seis axiomas el aparato conceptual y metodológico del exclucentrismo queda sellado, no como decreto cerrado sino como código operativo que el múltiplo de la desobediencia epistémica adopta como condición de coherencia interna de su trabajo. El manifiesto no aspira a constituir doctrina ni programa cerrado. Aspira a ofrecer un lenguaje y un método con los cuales pensar y operar sobre un fenómeno cuya gravedad exige tanto rigor conceptual como compromiso material sostenido. Lo que se ha nombrado a lo largo de estas páginas, el centro que se constituye produciendo periferias, las tres operaciones vectoriales del sistema, la dimensión afectiva del sueño prometido y la doble culpa, la geometría fractal de la violencia, el laboratorio mediterráneo como su realización contemporánea más documentada, la complicidad fiscal inducida y la narcosis del bienestar, no constituye conjunto

exhaustivo de un fenómeno cuyo alcance excede cualquier formulación posible. Constituye apertura crítica desde la cual el trabajo posterior, el de muchas voces y muchas prácticas, puede continuar. El exclucentrismo no se cierra con este manifiesto. Se abre con él. Y los axiomas que aquí terminan son el punto desde el cual la praxis crítica del múltiplo de la desobediencia epistémica puede comenzar su trabajo sostenido, sabiendo que es trabajo insuficiente y que sin embargo es necesario, que es modesto en alcance y que sin embargo es legítimo, y que se ejecuta no en nombre de un saber privilegiado sino desde una posición situada y consciente de sus propios límites. El centro continuará produciendo sus periferias. La maquinaria seguirá operando. Pero ya no podrá hacerlo bajo la presunción de su propia inocencia, porque hay quienes han aprendido a nombrarla, y nombrarla es, en este régimen, la condición previa de cualquier acción crítica posible.

X. Bibliografía

La bibliografía que sigue está organizada por núcleos temáticos, en coherencia con el método de constelaciones expuestas declarado al inicio del manifiesto. Cada núcleo agrupa las voces que el aparato conceptual trabaja en alguna de sus dimensiones, y el orden interno de cada núcleo sigue criterio alfabético por apellido. Cuando existe edición canónica en castellano, se la indica como referencia principal y se consigna entre paréntesis el título original y el año de la primera edición en lengua original. Las obras recogidas no constituyen lista exhaustiva sino selección efectiva, es decir, las que el manifiesto trabaja con peso conceptual o señala como horizonte cercano de diálogo.

Núcleo uno. Exterioridad constitutiva y deconstrucción

Derrida, Jacques. De la gramatología. México, Siglo XXI, 1971 (De la grammatologie, París, Minuit, 1967).

Derrida, Jacques. La escritura y la diferencia. Barcelona, Anthropos, 1989 (L'écriture et la différence, París, Seuil, 1967).

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Madrid, Siglo XXI, 1987 (Hegemony and Socialist Strategy, Londres, Verso, 1985).

Laclau, Ernesto. La razón populista. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Núcleo dos. Colonialidad, zona del no ser y pensamiento desde el sur

Anzaldúa, Gloria. Borderlands / La Frontera. La nueva mestiza. Traducción de Carmen Valle. Madrid, Capitán Swing, 2016 (Borderlands / La Frontera. The New Mestiza, San Francisco, Aunt Lute Books, 1987).

Cusicanqui, Silvia Rivera. Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. Buenos Aires, Tinta Limón, 2010.

Cusicanqui, Silvia Rivera. Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina. Buenos Aires, Tinta Limón, 2015.

- Dussel, Enrique. *Filosofía de la liberación*. México, Edicol, 1977.
- Dussel, Enrique. 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. Madrid, Nueva Utopía, 1993.
- Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid, Akal, 2009 (*Peau noire, masques blancs*, París, Seuil, 1952).
- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1963 (*Les damnés de la terre*, París, Maspero, 1961).
- Glissant, Édouard. *Introducción a una poética de lo diverso*. Barcelona, Editorial del Bronce, 2002 (*Introduction à une poétique du divers*, París, Gallimard, 1996).
- Glissant, Édouard. *Tratado del todo-mundo*. Barcelona, Editorial El Cobre, 2006 (*Traité du tout-monde*, París, Gallimard, 1997).
- Mignolo, Walter. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, Gedisa, 2007 (*The Idea of Latin America*, Oxford, Blackwell, 2005).
- Mignolo, Walter. *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2010.
- Quijano, Aníbal. *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires, CLACSO, 2014.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. ¿Puede hablar el subalterno? Buenos Aires, El cuenco de plata, 2011 (*Can the Subaltern Speak?*, en Cary Nelson y Lawrence Grossberg, eds., *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana, University of Illinois Press, 1988).

Núcleo tres. Biopolítica, necropolítica y vidas llorables

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos, 1998 (*Homo sacer. Il potere sovrano e la nuda vita*, Turín, Einaudi, 1995).
- Agamben, Giorgio. *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004 (*Stato di eccezione*, Turín, Bollati Boringhieri, 2003).
- Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Paidós, 2006 (*Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*, Londres, Verso, 2004).
- Butler, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Traducción de Bernardo Moreno Carrillo. Barcelona, Paidós, 2010 (*Frames of War. When Is Life Grievable?*, Londres, Verso, 2009).
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI, 1978 (*Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975).
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France 1978-1979*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Traducción de Elisabeth Falomir Archambault. Barcelona, Melusina, 2011 (*Necropolitique*, en *Raisons politiques*, 21, 2006).

Mbembe, Achille. *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Barcelona, NED Ediciones, 2016 (*Critique de la raison nègre*, París, La Découverte, 2013).

Núcleo cuatro. Vidas desperdiciadas, reconocimiento y temporalidad

Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Traducción de Pablo Hermida Lázcano. Barcelona, Paidós, 2005 (*Wasted Lives. Modernity and Its Outcasts*, Cambridge, Polity Press, 2004).

Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003 (*Liquid Modernity*, Cambridge, Polity Press, 2000).

Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México, Itaca, 2008 (*Über den Begriff der Geschichte*, 1940).

Benjamin, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid, Akal, 2005 (*Das Passagen-Werk*, Fráncfort, Suhrkamp, 1982).

Honneth, Axel. *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona, Crítica, 1997 (*Kampf um Anerkennung. Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*, Fráncfort, Suhrkamp, 1992).

Núcleo cinco. Interlocutores contemporáneos

Fisher, Mark. *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Traducción de Claudio Iglesias. Buenos Aires, Caja Negra, 2016 (*Capitalist Realism. Is There No Alternative?*, Winchester, Zero Books, 2009).

Forensic Architecture (Eyal Weizman, ed.). *Forensis. The Architecture of Public Truth*. Berlín, Sternberg Press, 2014.

Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Traducción de Arantzazu Saratzaga Arregi. Barcelona, Herder, 2012 (*Müdigkeitsgesellschaft*, Berlín, Matthes und Seitz, 2010).

Han, Byung-Chul. *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona, Herder, 2014.

Heller, Charles y Pezzani, Lorenzo. *Liquid Traces. Investigating the Deaths of Migrants at the EU's Maritime Frontier*. En *Forensic Architecture, Forensis. The Architecture of Public Truth*, Berlín, Sternberg Press, 2014.

Sloterdijk, Peter. *Ira y tiempo. Ensayo psicopolítico*. Madrid, Siruela, 2010 (*Zorn und Zeit. Politisch-psychologischer Versuch*, Fráncfort, Suhrkamp, 2006). Téngase en cuenta que las derivas políticas posteriores de este autor exigen leer su aporte conceptual con distancia crítica respecto a sus posiciones públicas.

Weizman, Eyal. *Forensic Architecture. Violence at the Threshold of Detectability*. Nueva York, Zone Books, 2017.

Žižek, Slavoj. *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*. Barcelona, Anagrama, 2016 (*Against the Double Blackmail. Refugees, Terror and Other Troubles with the Neighbours*, Londres, Allen Lane, 2016).

Žižek, Slavoj. *En defensa de causas perdidas*. Madrid, Akal, 2011.

Núcleo seis. Documentación empírica sobre el laboratorio mediterráneo

- Border Forensics (antes Forensic Oceanography). Plataforma de investigación sobre violencia fronteriza. Disponible en <https://www.borderforensics.org> y <https://www.watchthemed.net>
- Heller, Charles y Pezzani, Lorenzo. Death by Rescue. The Lethal Effects of the EU's Policies of Non-Assistance. Informe de Forensic Oceanography, Goldsmiths University of London, 2016.
- Heller, Charles y Pezzani, Lorenzo. Blaming the Rescuers. Criminalising Solidarity, Re-enforcing Deterrence. Informe de Forensic Oceanography, Goldsmiths University of London, 2017.
- Heller, Charles y Pezzani, Lorenzo. The Left-to-Die Boat. The Deadly Drift of a Migrants' Boat in the Central Mediterranean. Informe de Forensic Oceanography y SITU Research, Goldsmiths University of London, 2012.
- Human Rights Watch. Informes anuales y temáticos sobre el Mediterráneo central, las operaciones de la Guardia Costera Libia y los acuerdos de externalización europeos. Disponibles en <https://www.hrw.org>
- Médicos Sin Fronteras. Testimonios y documentos públicos sobre las operaciones de rescate en el Mediterráneo central y las condiciones en hotspots y centros de internamiento. Disponibles en <https://www.msf.es>
- OIM (Organización Internacional para las Migraciones). Missing Migrants Project. Registro y análisis estadístico de muertes y desapariciones en rutas migratorias globales, con especial atención al Mediterráneo central. Disponible en <https://missingmigrants.iom.int>
- UNITED for Intercultural Action. List of Refugee Deaths. Registro acumulado de muertes en las fronteras europeas. Disponible en <https://www.unitedagainstrefugeedeaths.eu>